

Biographia literaria¹

Samuel Taylor Coleridge

CAPÍTULO I

Los motivos de la presente obra –Recepción de la primera publicación del autor – Educación escolar y disciplina del gusto – El efecto de los escritores contemporáneos en mentes jóvenes – Los sonetos de Bowles – Comparación entre los poetas anteriores a Pope y sus continuadores

Ha querido el destino que mi nombre compareciera en la conversación, y en la página impresa, con más frecuencia de la que soy capaz de explicarme, ya considere la escasez, insignificancia y limitada circulación de mis escritos, ya el retiro en que ha transcurrido mi vida y mi lejanía tanto del mundo literario como del político. Por lo común se ha visto asociado a alguna acusación que no podía aceptar, o a algún principio que nunca he sostenido. No obstante, si no hubiera tenido otro motivo u otra incitación para escribir este libro, el lector no tendría que molestarse ahora en leer estas líneas de disculpa. Cuáles eran mis propósitos adicionales es algo que averiguará en las páginas que siguen. Verá que hay en ellas muy poco que me concierne personalmente. He empleado el estilo narrativo con el objetivo principal de dar continuidad a la obra, en parte por respeto a las reflexiones misceláneas que me fueron sugeridas por algunos hechos concretos, pero en mayor medida como una forma de introducir la afirmación de mis principios en política, religión y filosofía, así como la aplicación, a los ámbitos de la poesía y la crítica, de reglas que han sido deducidas de principios filosóficos. Entre los fines que me propuse perseguir, con todo, no era el menos importante el llegar, en la medida de lo posible, a un acuerdo en la larga y prolongada controversia relativa a la verdadera naturaleza de la dicción poética; y a la vez definir con el mayor grado de imparcialidad el singular carácter *poético* del poeta cuyos escritos suscitaron por vez primera esta controversia, alimentándola y avivándola desde entonces².

En 1794, cuando apenas había traspasado el umbral de la adultez, publiqué un pequeño volumen de poemas juveniles³. Fueron recibidos con un grado de aprecio que yo, joven como era, bien sabía les era concedido no tanto por sus méritos como por ser brotes de esperanza y promesa de mejores obras en el futuro. Los críticos del momento, tanto los que me dedicaron elogios como los de juicio más severo, coincidieron en observar en ellos cierto grado de oscuridad, una dicción generalmente ampulosa, y una profusión de dobles epítetos de nueva acuñación*. El primero de estos errores es el que resulta más difícil de detectar por el propio autor; y mi mente no estaba aún lo bastante disciplinada como para aceptar la autoridad ajena por encima de mis convicciones personales. Convencido de que las ideas que allí aparecían no podían expresarse de otra manera, o al menos de forma más perspicua, olvidé preguntarme si las ideas mismas no exigían un grado de atención incompatible con la naturaleza y el propósito de la poesía. Este comentario es aplicable, sobre todo, aunque no en exclusiva, a «Meditaciones religiosas»⁴. En lo que toca al resto de las acusaciones, las admití por entero, no sin agradecer de corazón a mis censores tanto privados como públicos sus amistosas advertencias. En posteriores ediciones pude los dobles epítetos con mano impiadosa, y empleé todas mis fuerzas en domar la hinchazón y el brillo lo mismo de las ideas que de la dicción; aunque, a decir verdad, estas floraciones parásitas de mi poesía juvenil se habían infiltrado de tal modo en los poemas extensos,

* Puede ser útil recordar a los autores jóvenes la autoridad de Milton y Shakespeare. En Comus, y en los poemas tempranos de Milton, hay un número superfluo de dobles epítetos; mientras que en Paraíso Perdido encontramos muy pocos, y en Paraíso Recobrado apenas ninguno. La misma afirmación, o casi, se puede hacer si comparamos, dentro de la obra de nuestro gran dramaturgo, Trabajos de amor perdidos, Romeo y Julieta, Venus y Adonis y La violación de Lucrecia con Rey Lear, Macbeth, Otelo, y Hamlet. La regla que regula la admisión de dobles epítetos parece ser la que sigue: han de ser ciudadanos naturales de nuestra lengua, como «blood-stained», «terror-stricken», «self-applauding»; o, caso de hallarnos ante un nuevo epíteto, o uno que sólo se encuentra en los libros, que se trate al menos de una sola palabra, y no de dos convertidas en una por el sencillo hecho de que el editor ha insertado un guión. Un idioma que, como el inglés, carece casi por entero de casos, resulta en efecto poco adecuado, por su propio genio, para formar compuestos. Si un escritor, cada vez que una palabra compuesta se aparece ante él, buscara otra manera de expresar el mismo sentido, lo más probable es que encontrara un término mejor. «Tanquam scopulum sic vites insolens verbum»,¹ es el sabio consejo de César a los oradores romanos, y este precepto es doblemente válido para los escritores en nuestro propio idioma. Pero no ha de olvidarse que fue el propio César quien escribió un tratado de gramática a fin de reformar el lenguaje común por el sencillo método de acercarlo a los principios de la lógica o la gramática universal.

¹ Atribuido a César por Aulio Gelio en Noctes Atticae 1.10.4: «tened siempre presente que habéis de evitar, como si de una roca se tratara, una palabra no familiar».